

Ennio Molledo, poeta de Valparaíso

Si la poesía no pertenece a una ciudad determinada, el poeta, como todo ser humano, nace accidentalmente en un lugar que puede ser, andando el tiempo, voluntariamente el suyo, apropiado conscientemente en un encuentro armonioso del individuo con su entorno. A Ennio Molledo no lo podemos desligar de Valparaíso, de su recorrido por estas calles y plazas donde el viento, a veces, parece flotar para llevarnos, contra nuestra voluntad, hacia destinos inciertos y no menos cautivantes.

Desde el puerto, Molledo ha entregado su poesía; un sentir que hace de su voz la resonancia de un tiempo inconfundible del lenguaje poético. Que la poesía es el aporte lúdico de las palabras y que por ella el signo muestra la fuente inagotable de las transfiguraciones, es casi tópico en la creencia de los buenos lectores. He allí lo cotidiano representado como el existir dramático que es, y Ennio Molledo lo ha sabido comprender desde su primera obra. Exactitud orgánica en sus textos, sabia actitud para desechar lo superfluo y dibujar la estructura de una descripción que es un modo de aprehensión de la exterioridad donde lo humano se descubre a veces a sí mismo en la trágica gestualidad contingente.

El lenguaje de la poesía es continuidad en permanente acción y ha pasado por la historia, que es su historia, haciéndose y rehaciéndose en diversas circunstancias, convertido siempre en portador de lo más humano de lo humano. Su lenguaje es esencialidad de la palabra que comunica el sentir, eticidad transminando lo estético sin avasallarlo. He aquí una función que no puede separarse porque es en sí una presencia indelible. Es lo que Molledo ha descubierto desde la emisión de sus primeros textos. Un juego permanente del signo no se aparta de cierta realidad que, a fuerza de ser nominada, es descubierta, fundada en la precisa unidad de una textualidad que no hace alarde de vanguardista, lo que no significa que su actualidad no sea manifiesta. Es lo universal esencializando relaciones, tejido en que el mundo se trasluce como una pura idea de sí mismo, movimiento e intercambio de posibilidades, señales que en la ruta van conformando la estructura de una realidad soñada, puesta allí como una deducción posible en el juego de las indeterminaciones, formas de un conflicto exterior que se hace interior por la palabra. He aquí la aventura de lo humano, búsqueda constante de un lugar en que las interrogaciones no se pierdan y el espejo muestre al fin la faz de una certeza donde el ser sea igual a sí mismo. Y esta imposible utopía es la fuerza de un afán proyectivo por el cual el poeta será siempre un minero incansable tras la veta destinada a perderse tras el horizonte. Se ve lo que se desea ver, o no se ve aquello que, al cambiar, ha dejado tras sí una endeble huella de evocaciones: "Nadie llegará esta mañana después de la señal a la que tanto tardamos en responder, la que nunca tuvo palabras claras, únicamente el lugar que dejaron los gestos y, luego, el destino trenzado en un cable poético." ("Acuerdo").

Molledo no impone la necesidad de un reclamo. Allí está, nos deja su poesía, una hazaña de síntesis, de serenas nominaciones, y a la vez un juego de las significaciones, alumbramientos como un fuego que invade suavemente la mirada y aporta visiones que, pertenecien-

do a lo cotidiano, permanecen escondidas para el transeúnte que no ha podido o no ha querido detenerse o porque su conformidad le hace ver sólo aquello que el común define como lo real. He allí estados de ánimo que traducen la pérdida belleza de un momento vivido, marcas que el corazón resiente y que el lenguaje asume como formas de la nostalgia, organización de un sentido del vivir que ayer tuvo otra latencia y que hoy la memoria reconstruye: "He llegado a la plaza que carece de pintura y he sido ayudado por el sendero que quiso variar en mi pecho. No refa nadie en las orillas y en el lago las jóvenes tatuadas embarcaban su sangre en las hojas". (La Plaza).

No hay estridencias en su poesía ni promesas de rupturas espectaculares. ¿Para qué? Los seres humanos no son así. Su mundo les cambia vertiginosamente y sufren la naturaleza de esos cambios, se desquician, asumen la locura de un movimiento perpetuo y se mientan a sí mismos y se prometen vivir una modernidad que confunden con la rareza de los objetos alienantes.

Sólo en la claridad y sencillez del lenguaje puede estar la posibilidad de un encuentro con la transitoriedad humana.

Es lo que descubrimos en la poesía del Molledo si nos detenemos a sentir la eficiencia de sus signos, esa continuidad imperturbable a través del tiempo, esa búsqueda incansable que juega sus cartas en una descripción que es siempre la proposición de lo visible en lo más invisible de sus proyecciones: "Se trataba de un tiempo eterno con etapas bellamente repetidas: dejar la casa y encender la carpa; volver a la hora del frío y detenerse frente al cuadro de la mano sobre el gato..." (Vacaciones).

Esa continuidad de lenguaje que va de "Concreto Azul" a "Día a Día", en fin, una constante del discurso poético que es un continuo sentir y ver y mostrar cómo el mundo pasa por el poeta y va dejando una huella de atardeceres y nocturnos, de formas que son llagas que la invisibilidad del tiempo imprime y que nos hace anhelar que aquello que más amamos no pase jamás, aun sabiendo, reconociendo lo imposible de aquel anhelo; entonces surge la palabra tejendo la utopía de los espacios que el sueño ha construido con el deseo de implantar en la hoja blanca la sombra de lo que fue o pudo ser. Por los caminos de su lenguaje hemos visto pasar por largo tiempo a Ennio Molledo, enhebrando imágenes que constituyen la trama de su vida de poeta. Y en el silencio de ese hacer, sin pretensiones ni vanidades, va quedando una presencia de innegable fuerza, forma peculiarísima en la poesía porteña y nacional.

En verdad, la crítica nacional (suponiendo su existencia) no ha reparado lo suficiente en esta poesía; no ha sabido mirarla con el detenimiento que merece, porque siempre estamos prefiriendo los espejismos encandilantes, la audacia más que la sensibilidad o el prototipo monumental y artificioso que el centralismo privilegia. Pero esto, al fin, parece no importar demasiado, porque lo esencial es que la obra exista, que haya constituido momento de la acción del poeta y que su camino haya sido dibujado en la profundidad de una convicción estética. Es lo que constatamos en la obra de Molledo.

Manuel Espinoza Orellana.

Ennio Molledo, poeta de Valparaíso [artículo] Manuel Espinoza Orellana.

AUTORÍA

Espinoza Orellana, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ennio Molledo, poeta de Valparaíso [artículo] Manuel Espinoza Orellana.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile